

## LIBROS

## CRÍTICAS

Rafael HUERTAS GARCÍA-ALEJO, *Clasificar y educar. Historia natural y social de la ciencia mental*, Madrid, CSIC, 1998.

Ciertamente desatendida por la investigación histórica, los fundamentos y desarrollos de las ideas y de las prácticas sobre la deficiencia mental encuentran en la última monografía del Prof. Rafael Huertas una de las más brillantes y resolutivas exploraciones. Sobradamente conocido por sus muy numerosas y loables publicaciones anteriores, emprende este autor la tarea historiográfica de desentrañar y demarcar este ámbito de la deficiencia mental a la luz de la historia natural, las doctrinas médico-pedagógicas y la trama social, prestando un interés especial a las contribuciones francesas y españolas. Cinco capítulos de prosa ágil y cumplida documentación le bastan a Huertas para enmarcar las lindes de este campo y situar las controversias de los discursos que lo han fundado, amén de proveernos de sobrados argumentos capaces de hacer estallar la prepotencia de cuantos se consideran intelectualmente más dotados.

*Clasificar y educar* arranca con una revisión de las observaciones y discrepancias teóricas sobre los «niños salvajes», en especial el *sauvage* de Aveyron. Estudiado detenidamente por J. Itard en la Escuela para sordomudos de París, el muchacho en cuestión se nos presenta plagado de carencias y déficits afectivos, pero recuperable mediante la estimulación de nuevas necesidades y procesos de socialización. Afín a los principios de la corriente sensualista comandada por Locke y Condillac, Itard se mostró decididamente confiado en la naturaleza social y cultural del ser humano. En cambio, a los ojos de Pinel, el salvaje Víctor no es más que un idiota incurable e in-

sociable. Esa fue también la opinión del discípulo Esquirol: los niños llamados «salvajes» son en realidad idiotas que han sido abandonados o se han dado a la fuga. Sirvan tan sólo estas puntuaciones para marcar las discordias iniciales que enfrentaron a la medicina alienista con aquellos que, como Itard, confiaban en las posibilidades educativas.

Nadie parece dudar que los numerosos trabajos consagrados a los «niños salvajes» y «niños lobo» –además de Víctor, caben ser mencionados Gaspar Hauser, el niño oso de Lituania, Amala y Kamala– animaron las futuras investigaciones sobre la deficiencia mental. Así sucedió también con el célebre «Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza» que Kant escribió en 1764, y que años más tarde completaría en su célebre *Antropología*. Ese mismo año, en los alrededores de su natal Königsberg (Prusia oriental), se encontró a un hombre trastornado acompañado de su hijo de ocho años en «estado salvaje». Este hallazgo promovió un intenso debate sobre el hombre en estado natural, así como numerosos enfrentamientos entre quienes abogaban por la naturaleza y quienes privilegiaban a la sociedad. A diferencia de Itard, que se había servido de Víctor de Aveyron para probar ciertas técnicas médico-pedagógicas basadas en el sensualismo, el aventurero Komarnichi promovió en Kant una compleja y sistemática reflexión sobre la locura. Dicha sistematización desembocó en un interés taxonómico al estilo de las proliferas nosografías *more botanico* de los zoólogos, botánicos y médicos del siglo XVIII, entre los que destacaron por sus muchas contribuciones Sauvages, Linneo, Sagar, Vogel o Cullen.

Frente a estas multiplicaciones hasta el infinito de familias y especies surgió de la

mano de Pinel una nueva *episteme* en la medicina del siglo XIX. Con su método analítico fue capaz de integrar tanto la nosografía como la clínica y la anatomopatología, proporcionando una reducida clasificación de las especies de alienación mental. En ésta, la demencia y el idiotismo («obliteración de las facultades intelectuales y afectivas») aparecen netamente separados. Sobre estos mismos principios y sin apenas preocupación por los aspectos pedagógicos o rehabilitadores, Esquirol trató de sentar las bases diferenciales entre la imbecilidad y la idiocia a través de una interesante graduación que dimanaba de la capacidad para articular el lenguaje hablado. Lejos de las pretensiones originarias de su autor, este grupo de indicaciones proporcionaron a las generaciones venideras la guía necesaria para establecer algunas intervenciones médicas en este tipo de pacientes. Georget, uno de sus más avezados discípulos, contribuyó como pocos a sentar las bases de lo que en adelante constituiría la opinión generalizada de cuantos se ocuparon de la patología mental infantil a lo largo del siglo XIX: la idiocia no debe ser considerada una especie de locura o de enfermedad, sino únicamente un *handicap*.

A partir de la segunda mitad del pasado siglo y al son de los nuevos descubrimientos biológicos, dos corrientes abiertamente enfrentadas abordaron la problemática de la deficiencia mental: la teoría de la degeneración y la orientación pedagógica. Conocedor como pocos de este período de la historia de la clínica decimonónica, Huertas vuelve a desentrañar los soportes ideológicos de las doctrinas de la época, en especial la teoría de la degeneración: «Racismo antropológico, somaticismo médico, persecución del anormal o del extraño, etc., son algunas de las principales aportaciones

que la nueva ciencia positivista muestra» (p. 69). En efecto, el deficiente mental adquirió en la obra de Morel un tono patético y aciago: «son seres inferiores que tienen su lugar muy marcado en la gran familia de los degenerados por transmisión hereditaria». Sus discípulos Magnan y Legrain, si bien soslayaron el entramado místico-religioso que rezuma de principio a fin la obra del anterior, no dejaron tampoco de destacar la «inferioridad» progresiva que, poco más o menos, podía conducir al aniquilamiento de la especie. De esta manera, en la teoría de la degeneración, el idiota representa el punto más álgido de la degradación humana: «ser instintivo por excelencia, se defiende como los animales más inferiores; no adquiere jamás una personalidad; es una máquina automática», escribieron sin el menor rubor Magnan y Legrain en 1895.

Las ideas degeneracionistas sirvieron asimismo de soporte a la clasificación fraguada por J. L. Down. Apoyándose en su sutil descripción del mongolismo, este médico inglés se libró a una febril especulación sobre las diferencias y jerarquías étnicas a partir de un *a priori* según el cual se sentenciaba que las razas caucásicas representaban la cima de la evolución humana y que los idiotas y los imbeciles podían ser clasificados en referencia a las desviaciones del tipo caucásico.

Frontalmente contraria a esta ideología, por fortuna, una segunda corriente médico-pedagógica fue paulatinamente erigiéndose a lo largo del siglo XIX. A diferencia del alienismo tradicional, dicha corriente –integrada por especialistas en la infancia de la talla de Belhome, Voisin, Delasiauve y Seguin– consumó a juicio de Huertas un «(...) intento filantrópico de liberar a este lumpen de la población alienada del des-

haucio y del abandono; intento que no parece exento de intereses profesionales tendentes a legitimar una actividad científica y asistencial, dirigida a una patología concreta, para la que se precisaban técnicas específicas e instituciones especializadas» (p. 97). De esta manera, a finales del pasado siglo, la medicina centrada en la deficiencia mental desarrolló una importante institucionalización, así como un nutrido abanico de propuestas terapéuticas y pedagógicas. El rostro de la deficiencia fue adquiriendo con las contribuciones de esta corriente una tonalidad más optimista.

En los albores de nuestro siglo, el italiano Sante de Sanctis describió la «demencia precocísima», una forma de psicosis que desembocaría a la postre en las ulteriores definiciones de la esquizofrenia infantil. A la par que fue desplegándose la paidopsiquiatría, la psico-pedagogía continuó aumentando sus competencias, incorporando a tal fin cuantos avances le proporcionaba la psicología experimental y las observaciones facilitadas por la escolarización obligatoria; a este respecto, con el buen tino que le caracterizó, nuestro compatriota Rodríguez Lafora escribió en 1917: «el problema de los niños mentalmente anormales se presenta con toda su pujanza en aquellos países progresivos en que la asistencia a la escuela es obligatoria». Sobre la base de la mencionada escolarización, Binet y Simon iniciaron sus investigaciones sobre las capacidades intelectuales de los niños, promoviendo con este movimiento una desmedicalización de los deficientes. Las contribuciones de Binet y sus colaboradores determinaron, asimismo, la creación de centros de corrección pedagógica y, en adelante, un buen número de servicios y dispositivos especializados. Sin embargo, el surgimiento de nuevas instituciones, el

desarrollo progresivo de técnicas, la creación y posterior concurrencia de especialistas en psicología y pedagogía, así como la ampliación de campo de paidopsiquiatría, no parecen haber aportado nada nuevo en materia nosográfica. Demasiados prejuicios teóricos y sociales se aunaron, desde sus inicios, en el acercamiento médico-pedagógico a la deficiencia mental. En este sentido, Rafael Huertas apostilla en las últimas páginas de su monografía: «Dicho acercamiento –iniciado por Itard a comienzos del pasado siglo– con sus posteriores desarrollos, constituye, en mi opinión, un caso particular, pero muy significativo, en el que pueden evaluarse las razones, pero sobre todo las consecuencias, de un sistema clasificatorio basado en criterios diferentes a los comúnmente aceptados por las Ciencias Naturales a las que, precisamente, la medicina pretendía coronar» (p. 152).

Quizás incurriendo en algunos olvidos y posiblemente no transmitiendo la intensidad de los matices desplegados en los racimos de ideas que nos brinda la perspicacia del autor, este breve resumen del libro que comentamos pretende animar a su lectura, seguros como estamos de haber hallado un texto que nos allana el acceso a este territorio, siempre paradójico, de los fundamentos conceptuales de la deficiencia mental.

José María Álvarez

Gerolamo CARDANO, *El libro de los sueños*, Madrid, A.E.N., 1999.

Estamos ante una pieza mayor de nuestra cultura, un libro muy importante de Cardano (1501-1576), destacado médico, filósofo natural y, aquí, onirocrítico. En el

momento en que parece consolidarse en Italia el proyecto del llamado «Equipo Cardano» –se trata nada menos que de recuperar la producción de este gran renacentista, injustamente olvidado– la Asociación Española de Neuropsiquiatría prosigue la publicación de sus libros de historia, con *El libro de los sueños*. Obra que tiene acaso tanta importancia como la célebre *Anatomía de la melancolía* de Burton (la última entrega de la trilogía se hará próximamente), y que acusaba, por cierto, la influencia de Cardano y de toda la cultura italiana del segundo Renacimiento.

Pero no sólo porque Cardano, acosado por el vacío, fuese también un prototipo melancólico. Es que el famoso médico, pero asimismo matemático y astrólogo de Pavía, mezcló de forma impresionante en sus escritos –múltiples, reiterativos acaso y desde luego variados–, la vida propia con la naturaleza, el poder social con la fragilidad del hombre, en fin la sabiduría medicinal, ética e histórica clásicas con las ideas mágicas de su tiempo. No en vano lo toma como modelo Eugenio Garin en su contribución a *El hombre del Renacimiento* (Madrid, Alianza, 1990). Pues Cardano lee y comenta a Hipócrates, especialmente, a Aristóteles, Galeno y a los neoplatónicos (con Sinesio, a la cabeza en este libro). Pero también es deudor de Homero, de Virgilio y Horacio, Cicerón y Quintiliano; glosa a los antiguos historiadores: Jenofonte, Suetonio o Plutarco, omnipresente en nuestra cultura moderna. Al mismo tiempo, notable matemático, Cardano quiso emular a los más grandes científicos, a Euclides, Arquímedes, Apolonio, Vitrubio y Ptolomeo, a los calculadores medievales; y conoció de hecho a Vesalio o al gran suizo Gesner. Fue en definitiva un voraz lector, y una persona volcada en la escritura, hasta el punto de

convertirla en ese suplemento personal, biográfico, literario que será capaz de representar, tras la revolución romántica, todas las desgracias de la conciencia.

Sin embargo, y pese a haber sido uno de los más célebres autores del siglo XVI –*Sobre la sutileza de las cosas*, de 1547, y *Sobre la variedad de las cosas*, de 1557, son dos piezas enciclopédicas de gran eco–, la obra de Cardano ha sufrido una de las mayores persecuciones de la historia moderna, no sólo por el desdén que el Barroco mostró hacia la gran cultura de Italia sino también porque tras las luchas religiosas todas las censuras y recelos se volcaron especialmente en los neoplatónicos y en quienes habían tenido un lugar en la gran corriente mágica de finales del Quinientos. Poquísimas obras suyas se encuentran traducidas de su áspero latín; tampoco en Italia. Sólo se disponía en castellano, prácticamente, de su impresionante autobiografía, *Mi vida* (Madrid, Alianza, 1991), con una valiosa «Introducción» de su traductor, Francisco Socas, buen cardanista que ha recuperado alguna muestra más de sus textos.

De hecho *El libro de los sueños* únicamente se tradujo al alemán en Basilea, 1563, y prácticamente los alemanes, primero Lessing y Goethe, luego Schubert, Burckhardt o Dilthey, han sido grandes defensores de su obra. Desde entonces, sólo existía una versión parcial italiana: *Sul sonno e sul sognare* y *Sogni* (Venecia, Marsilio, 1989 y 1993), dos tomos que contienen los libros I-III, y sólo una selección del IV. Al no haber sido vertido a otros idiomas, el texto cardaniano hoy impreso por la AEN en castellano supone su primera traducción íntegra contemporánea.

Ahora, pues, podemos disfrutar y aprender de esta rara «historia natural» de los sueños –que se aleja ya en parte de las

fuentes de toda la gran onirocrítica clásica, con Artemidoro a la cabeza, sin llegar eso sí al movimiento mental del Romanticismo ni al de su tardío heredero Freud-, en la que podemos encontrar todas las conexiones entre las cosas, ideas, fenómenos o delirios que se presentan ante el hombre. Que, para Cardano, las fronteras entre lo racional y lo irracional son inconstantes lo percibimos no sólo en las diversas teorías de este «enciclopedista del ensueño» sino también en la violencia de sus palabras, en los escenarios más o menos funestos de su vida: vemos su casa, como vemos a su hijo ajusticiado o como le vislumbramos discutiendo con sus colegas. Un Cardano desgarrado intenta aquí, avanzada su vida, poner cierto orden en sus representaciones reinventando un género desprestigiado, la interpretación de los sueños, hasta desbordarlo con sus asociaciones mil.

Pues *El libro de los sueños* es una gran metáfora sobre la presencia, interacción y confluencia de todos los aspectos del universo, sea éste real o mental. Y gracias a la traducción de Marciano Villanueva Salas –magnífica en su variedad, capacidad asociativa y vigor-, la lectura de este libro podría ser una verdadera experiencia personal. De modo que el torrente verbal de Cardano puede convertirse en un mundo simbólico inquietante. De hecho, sigue poniéndonos a prueba, más de cuatrocientos años después de escribirlo Gerolamo, al situarnos ante cualquier disparate «sin yo», ante la irrupción de unas imágenes que *no son de nadie* y que pueden formar parte, en un instante, de cualquier «cárcel del alma».

Consejo de Redacción (M. J.)

Pierre DOUCET y Wilfrid REID (dirs.), *La psychothérapie psychanalytique: Une diversité de champs cliniques*, Montreal, Gaëtan Morin, 1996.

El Instituto Albert-Prévost del Hospital Sacré-Coeur de Montreal conoció su momento más esplendoroso en la década de los 60, cimentado por una concepción esencialmente psicoanalítica de la psicopatología. Inicialmente destinado sólo al diagnóstico y tratamiento (veinte camas en 1947, ciento cincuenta y tres en 1953), se vinculó en 1955 a la Facultad de Medicina montrealense. Funcionando en régimen de tratamiento voluntario tanto para los ingresos agudos como para la atención ambulatoria, sorteó los peligros de la institucionalización asilar. La mayoría de los psiquiatras francófonos del Quebec de la época se formaron en el Albert-Prévost, teniendo como supervisores a Dufresne, Doucet, Mauriello, Gervais y Da Silva, considerados los pioneros de un dispositivo psiquiátrico en permanente evolución hasta ahora mismo. Éstos supieron desarrollar un sistema de formación continuada que contó con visitantes extranjeros de diferentes orientaciones no sólo psicoanalíticas. La evolución de la psiquiatría y del propio hospital condujeron a la apertura de nuevos servicios, generando una estructura asistencial más compleja en la que, hoy en día, el psicoanálisis ya no tiene el protagonismo de antaño sin por ello dejar de ser uno de los pilares del pabellón Albert-Prévost.

Este libro recoge la puesta al día de la experiencia de los pioneros mencionados y de cerca de cuarenta de sus colaboradores que han trabajado o trabajan en la mencionada institución. Según palabras de Jean-Yves Roy, flanqueados «por el excesivo *buen decir* de sus colegas franceses y el

excesivo *buen hacer* de sus vecinos norteamericanos», durante muchos años los quebequeses no expusieron a la luz pública la riqueza de su enseñanza ni de su importante reflexión clínica. La publicación de sus escritos, esperada con interés en Canadá, permite acceder a un modo de entender la clínica psiquiátrica que, perfectamente adaptado desde los años 70 a las corrientes comunitarias, se nos aparece más *mediterráneo* de lo que la distancia permitiría suponer.

Organizado, como dijimos, por el punto de vista clínico, este extenso volumen –casi setecientas páginas– se divide en cuatro partes. La primera, «Definición», contiene un artículo de Doucet dedicado a constatar el recorrido histórico de la psicoterapia psicoanalítica y sus relaciones con el psicoanálisis, desde Freud hasta la década de los 80. Le sigue un trabajo de Dufresne sobre la primera entrevista (subtitulado «A la escucha del ‘deseo de psicoanálisis’»), momento en el que se dilucidan diversos aspectos fundamentales en el futuro de la cura: encuentro del deseo del analista y el del analizante, niveles de escucha, motivaciones, escucha directiva o no directiva, y reflexiones sobre la técnica. Como en el resto de los capítulos, no faltan ejemplos e historiales extraídos de la práctica diaria.

La segunda parte, «La clínica», ocupa cerca de cuatrocientas páginas y es la más extensa del libro, dividiéndose por edades (niños, adolescentes, adultos y –originalidad destacable tratándose de una obra psicoanalítica– ancianos). Cada una de estas secciones aparece desglosada tanto en sus aspectos nosográficos como en el de las modalidades terapéuticas más indicadas. La concepción integral de la cartera de servicios del Pabellón Albert-Prévost no sólo se pone de manifiesto mediante los epígra-

fes que cabría esperar (neurosis, estados límite, psicosis, psicósomática), sino que también aborda subpoblaciones tan especiales como los emigrantes, los enfermos físicos y los moribundos, y no elude otros temas, incómodos pero de capital importancia, tales como las relaciones sexuales del personal con los pacientes.

La tercera parte se dedica a las diversas modificaciones técnicas dimanantes de las posibles variaciones del encuadre de la cura tipo. Se abre con un trabajo de Reid, «Para una metapsicología del marco analítico, o cómo es posible no ser un héroe», en el cual se sientan las premisas para una ruptura legitimada de tal marco. Le siguen capítulos sobre psicoterapia breve, de grupo, conyugal, etc., siendo uno de los más recomendables el debido al fino oído psicoanalítico de Yvon Cusson, relativo a la intervención en crisis y en las urgencias.

La cuarta y última parte, «Aspectos especiales», versa sobre ciertas particularidades del trabajo analítico, tales como la valoración de la capacidad objetal en los estados límite, la contratransferencia, la enseñanza y la supervisión –por cierto, tanto desde el punto de vista del supervisor como del supervisado–, la investigación y, finalmente, las diferencias transferenciales que pueden darse con la mujer psicoanalista (tema que en ausencia de reflexión suele dar lugar a precipitadas derivaciones mutuas entre terapeutas de distinto sexo).

Este tratado de psicoterapia psicoanalítica puede suscitar, desde la lectura de su mero título, la polémica sobre el sentido que los autores den a esa expresión. Como señalamos al principio, entre el Escila de los excesos pragmáticos estadounidenses y el Caribdis de los excesos digamos meta-teóricos de algunos europeos, el texto refleja intensamente el espíritu de las pala-

bras prologales de Jean Bergeret: «Lo que me parece esencial reside en la identidad que el psicoanalista se dio en el momento en que hizo su opción científica, técnica e ideológica, elección de la que no debe renegar ni tiene por qué adulterar cuando se siente razonablemente motivado a no proponer una cura tipo y, precisamente por ser analista, se inclina a emprender una psicoterapia que conducirá ateniéndose a la vez a las exigencias de su superyó, a las del ideal colectivo que manifiestamente suscribe y a las realidades que, como psicoanalista, percibe son en verdad las de su paciente».

Ramón Esteban Arnáiz

Edmond GUILLIÉRON, *Le premier entretien en psychothérapie*, París, Dunod, 1996.

Edmond Gilliéron, psiquiatra y psicoanalista, profesor asociado y médico jefe de la Policlínica universitaria de Lausana, es conocido sobre todo por sus aportaciones al desarrollo de técnicas psicoanalíticas de duración breve, de las cuales ha dejado testimonio en sus colaboraciones aparecidas en los tomos de psiquiatría de la *Encyclopedie Médico-Chirurgique*, iniciada hace décadas por Éditions Techniques y actualmente a cargo de la editorial Elsevier. La obra que comentamos es una completa puesta al día de trabajos anteriores a la luz de la investigación clínica llevada a cabo por Gilliéron durante los últimos veinte años en el mencionado servicio ambulatorio. La mayoría de los integrantes de su equipo son de formación psicoanalítica, aunque pertenecen a diversas orientaciones.

Tras describir los pacientes atendidos (trastornos reactivos, 35%; neurosis y estados límite, 19%; psicósomáticos, 9%, depresivos, 7%; esquizofrenias, 7%; alcoholismo y otras toxicomanías, 10%; otros, resto) y constatar que la mayoría fueron atendidos mediante un promedio de cinco a siete sesiones, el autor reflexiona sobre las relaciones entre teoría y técnica psicoanalítica, repasando los sucesivos cambios técnicos de Freud (hipnosis, método catártico, asociación libre; y dentro de ésta, análisis de las resistencias, de los mecanismos de defensa, de la transferencia, del funcionamiento psíquico). Para Gilliéron, al centrarse en la metapsicología, el psicoanálisis obró en prejuicio de la investigación clínica. La noción de *intemporalidad de los procesos inconscientes* tuvo según este autor el efecto de una trampa, ya que a eso se achacó la extensa duración de algunos análisis en lugar de hacer una reflexión sobre la responsabilidad debida a la técnica. El marco de la cura tipo, según Gilliéron es un importante factor que influye sobre la complejidad de las representaciones psíquicas aparecidas durante la cura, por lo que ciertas variaciones de aquél podrían simplificar y acortar el proceso terapéutico.

Informe de una investigación eminentemente experimental, el libro contiene cuatro secciones principales. En la primera se describen los conceptos teóricos fundamento de su actividad diagnóstica y terapéutica. La evolución del pensamiento de Freud en cuanto a los límites del campo analítico da pie a plantear la cuestión de los diferentes factores que participan en el equilibrio psíquico y en la organización de la personalidad. El autor enfatiza la importancia de esta discusión respecto a la especificidad de la primera entrevista psicoterapéutica. En la segunda parte estudia el

marco de la primera consulta y la relación paciente-terapeuta. Describe a continuación su técnica de entrevista y finaliza poniendo de relieve factores dinámicos específicos de organización estructural de la personalidad que pueden ya ser captados en el primer encuentro. La tercera sección, más clínica, aporta ejemplos de los primeros minutos de la entrevista, y confronta algunas de sus reseñas clínicas con las de otros autores aparecidas en la literatura. La cuarta parte recoge la evolución del proceso terapéutico después de la primera consulta, y aporta un detallado ejemplo clínico sobre su «técnica de *prise en charge* inicial en cuatro sesiones». Un subcapítulo final se dedica a la cuestión de la formación.

Este libro es portador de una polémica iniciada por Ferenczi –muchos dirían: por el mismo Freud–, la de la temporalidad en el análisis, cuyas chispas originaron un reguero de disidencias que lleva incluso, en otra de sus facetas, a la eclosión de la corriente lacaniana. Gilliéron toma una postura que no escotomiza el hecho de que la mayoría de los «analizantes» se consideran y son considerados como «pacientes», y que tanto éstos como los terapeutas pueden defender el derecho a un legítimo deseo de sanar.

Ramón Esteban Arnáiz

Patrick FROTÉ, *Cent ans après*, París, Gallimard, 1998.

No es posible adivinar qué podría representar esta recopilación de diálogos como índice en nuestro país acerca del presente y del porvenir analítico de obediencia estricta. De antemano, los entrevistados son nue-

ve analistas mayoritariamente franceses, pertenecientes a la internacional freudiana (IPA), y distribuidos en dos Asociaciones psicoanalíticas, la francesa y la parisina. Con todo, seguramente es un trabajo colectivo –publicado en una prestigiosa colección («*Connaissance de l'inconscient*» de Gallimard)– que provocaría una notable atención en el medio correspondiente español, dados el rigor y la densidad de la encuesta de más de quinientas páginas que lleva a cabo el autor. Los interlocutores del canadiense Patrick Froté, han nacido entre diez y quince años después de la lejana fundación en 1910, por Freud, de la IPA. Son estos psicoanalistas J. L. Donnet, A. Green, J. C. Lavie, J. Laplanche, J. McDougall, M. de M'Urzan, J. B. Pontalis, J. P. Valabrega, D. Widlocher (seis de los cuales se analizaron con Lacan, abandonándole en los sesenta). Muchos de ellos son, sin duda, figuras bien conocidas entre nosotros.

En esta especie de balance de un siglo, los temas del freudismo son abordados por unos y por otros con una mirada más bien encuadrada en las viejas enseñanzas y modos de actuar vieneses. En defensa de una práctica lo menos contaminada posible, y por tanto lo más cercana al ejercicio y a la teorización freudiana, prefieren en general no confrontarse ni con el positivismo científico ni con los abiertos enemigos de Freud en el terreno del pensamiento (por lo demás, muy abundantes, incluyendo a quienes se reconocen en la reflexión más especulativa). Por contraste, su ruptura general con el mundo lacaniano les supone a la mayoría una especie de obsesión: las palabras críticas con respecto a las abundantes huestes del lacanismo no escasean en estos diálogos.

Por otro lado, parece que todos ellos, al menos a primera vista, no desean afrontar

con distintos argumentos las nuevas situaciones de la vida privada, hoy, que a nadie se le ocultan (presencia cada vez más paritaria de la mujer, reforzamiento de la familia como refugio económico, vidas infantiles más aisladas y menos coercitivas, nuevos fantasmas de la enfermedad sexual, apertura a la manifestación homosexual). Lo cual no significa, por su parte, la mera aceptación de un 'fácil futuro' para el psicoanálisis (más bien reconocen lo opuesto) ni tampoco la sólita evasión ante un mundo cambiante de valores y representaciones sociales, sino la continuidad de una tradición. En todo caso, precisar cada matiz en cada posición –dada la naturaleza oral del libro– remitiría a su lectura atenta, sin duda esclarecedora de una actitud decidida personalmente. Valga esta nota para sugerir su difusión y, por ejemplo, su traducción castellana.

Consejo de Redacción (M. J.)

Jacques DERRIDA, *No escribo sin luz artificial*, Valladolid, Cuatro (distr. Siglo XXI), 1999.

Recientemente acaban de publicarse en castellano media docena de grandes ensayos de Derrida: *Fuerza de ley*, *Políticas de la amistad*, *Mal de archivo*, *La religión*, *Resistencias del psicoanálisis*, *Adiós a Emmanuel Lévinas*. De modo que esta nueva obra suya, rigurosamente inédita y construida, según se indica en las páginas liminares, gracias al apoyo directo de su autor, puede facilitar el conocimiento de uno de los pensamientos más influyentes de la actualidad. Pues *No escribo sin luz artificial* –libro de entrevistas recientes concedidas por Derrida en diversos países,

Portugal, Italia, España, Francia, Alemania y los Estados Unidos– se abre a cualquier lector su trabajo, dada su claridad, concentración y belleza.

Este compendio de conversaciones, que se desenvuelve en todos los ámbitos de su interés, está distribuido en cuatro apartados. En una primera parte habla Derrida de los instrumentos de escritura, desde la máquina de escribir hasta ese ordenador al que ya se le asocian nuevos fantasmas y rituales. En segundo lugar, aborda el problema central de su obra: la traducción como límite, la dificultad de entender pero el respeto a lo ilegible, el significado de la deconstrucción. Todo ello puede ser resumido en esta frase suya: «Lo que me interesa en la lectura que hago de un texto no es criticarlo desde fuera o dar cuenta de él, sino instalarme en la estructura heterogénea del texto y encontrar tensiones o contradicciones en el interior de dicho texto, de forma que se lea y se deconstruya a sí mismo. Que se deconstruya no quiere en modo alguno decir que haya una operación reflexiva o autorreferencial, sino que en el texto existen fuerzas heterogéneas que lo dislocan, en particular en el caso de Freud. He mostrado que en Freud hay estratos metafísicos no cuestionados y que se pueden cuestionar a partir de otros pasajes u otros momentos del propio Freud». Derrida lleva cuarenta años en este empeño.

La tercera sección aborda ciertos *imposibles* necesarios para la vida social: la amistad, la difícil libertad, la democracia por inventar y las formas de la verdad. Y la última parte recoge tres conversaciones con el filósofo y escritor sobre las artes: la arquitectura, el cine o la pintura.

Al hilo de estos diálogos van apareciendo todas sus (y nuestras) grandes cuestiones, formuladas de *viva voz* por alguien

cuyos oyentes saben el valor que presta al cambio de tono, al rigor y a la luminosidad en la expresión. De hecho, sólo en un diálogo podría afirmar Derrida: «Soy un judío de Argelia. Un judío, si quiere, desjudaizado... Toda mi historia pasa por ese período: alguien que ha nacido en Argelia, que vive en Francia desde hace varios años, que sólo tiene una lengua, el francés, pero que no se siente completamente en su elemento en Francia. Esto probablemente es lo que motiva mis reservas frente a la cultura fran-

cesa, a la que, sin embargo, pertenezco. Porque no tengo otra. Es, pues, a la vez, una vinculación, una dependencia muy grande, casi neurótica, con la cultura y con la lengua francesas y, al mismo tiempo, dentro de esa dependencia, una especie de malestar, de no pertenencia». Esta reflexión es fundamental para comprender su punto de vista crítico en sus múltiples facetas.

Andrea Rubín

